

891.83-

S.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucci

Pg 7158

S4

C78

V.1

LOS CRUZADOS

PRIMERA PARTE

I

En Tinetz, en la hostería del «Liuty Tur» (Búfalo Salvaje) algunas personas, sentadas junto á un soldado oían la relación que hacía de las aventuras que le ocurrieron luchando en lejanas tierras, y al volver á su patria.

Era un hombre en el pleno vigor de sus fuerzas, alto, enjuto de carnes, de anchos hombros y espesa barba; el pelo recogido en una especie de red adornada de cuentas de vidrio le caía sobre una túnica corta, llamada «Kuntuse» en la cual se veían las huellas de la corona, y estaba ceñida al cuerpo por un cinturón formado de láminas de cobre del cual pendía un corto cuchillo de viaje.

Al lado del narrador sonreía un muchacho, de larga cabellera, que era quizá su compañero ó su paje, porque llevaba también un «Kuntuse» parecido al de aquél. Entre

sus oyentes estaban dos propietarios de Cracovia y tres aldeanos con casquetes rojos; el mesonero, que era alemán, llevaba un caftán amarillo con el cuello festoneado, y llenaba grandes tazas de arcilla de cerveza fuerte, escuchando con curiosidad la narración del soldado.

Pero con más atención le escuchaban los demás aldeanos. En aquellos tiempos, no existía rivalidad alguna entre los que habitaban en la ciudad y los que vivían en el campo, y estos últimos eran considerados como cosa *des allerdurchlauchigsten Königes und Herren* (del serenísimo Rey y señor) y gozaban de la general benevolencia, porque se les creía dispuestos siempre *ad concessionem pecuniarium*; y de aquí que á menudo se veía en las hosterías beber juntos á mercaderes y nobles, y no era raro que alguna vez, aquéllos pagaran por éstos.

No era raro, pues, que los tres aldeanos sentados en la hostería del Búfalo Salvaje indicaran al hostelero que llenase sus tazas é interrumpieran al narrador con exclamaciones de asombro.

—Mucho habéis corrido por el mundo, noble caballero, —dijo uno.

—Sí, muchas tierras conozco y quizás muy pocos de los que estos días van á Cracovia, la conozcan tanto como yo, —replicó el soldado.

—¡Cuánta gente! —añadió el soldado.—Se dice que el rey ha mandado tapizar toda la alcoba de la reina con un tejido de oro y perlas. En la plaza se celebrarán justas y torneos nunca vistos...

—Callate, Gamrot, no interrumpas al caballero, —exclamó otro de los asistentes.

—Callo en seguida, Eiertreter, pero me parece que también le gustará saber tales novedades, porque de fijo va á Cracovia.

—¡Se conoce que os volvéis viejo, Gamrot! habláis más que una cotorra.

—Pues te equivocas, hijo mío, aún tengo fuerzas para cualquier hazaña.

Aquel principio de querrela fué interrumpido por el caballero.

—Sí, voy á Cracovia, porque he oído hablar de las justas, y quiero medir mis fuerzas con las de los demás caballeros; y este muchacho que véis aquí, que es mi sobrino, á pesar de su temprana edad, ha hecho resonar ya en el campo muchas corazas enemigas.

Los ojos de todos se volvieron hacia el valeroso joven, que sonrió complaciente, y acercó á sus labios la pesada taza de cerveza.

El caballero continuó:

—Además, aunque tuviéramos intención de ir á otra parte, no sabríamos á dónde.

—¿Qué, acaso no tenéis casa, patria y nombre?

—Sí, me llamo Matzko de Bogdanetz, y mi sobrino se llama Zbishko. Tenemos por blasón una herradura.

—¿Bogdanetz? ¿dónde está este feudo?

—Decid, mejor, dónde estaba, porque ahora no existe ya. Quedó destruido en la época de la lucha entre Grimaldis y Nalencis. Todo lo incendiaron, y los pobres aldeanos, con los campos asolados, se retiraron al fondo de las selvas. Mi hermano y yo habíamos construido una casita que arrasó una inundación; murió aquél, y yo me encargué de su hijo. Entonces, Jasko de Olesnitz, enviado del rey Ladislao, alistaba guerreros para Polonia. Partí con él, y para hacer dinero, empeñé mis tierras, compré armas y caballos, y con este niño partí con Jasko.

—¿Con el muchacho?

—Sí, porque era muy fuerte, y tiraba al arco mejor que los ingleses.

—¡Qué listo!

—Llevaba ya casco, y apenas cumplió doce años, empuñó el escudo.

—Entonces había muchas guerras.

—Ya lo creo; por culpa de Vitoldo. Este príncipe mandaba los cruzados y cada año hacía correrías en Lithuania. Bajo sus órdenes, militaba gente de todos los países que cortaban las selvas y devastaron la Lithuania, entrando á saco en ella, por lo cual, sus pobres habitantes debieron abandonarle y buscar un asilo más seguro lejos de los alemanes.

—Aquí circuló el rumor de que los lituanos abandonaron también á sus mujeres y á sus hijos.

—Yo presencié aquellas campañas y podéis creer que á no ser por Moskogioff y Olesnitz... y un poquillo por nosotros, Vilna no existiría.

—Ya lo sabíamos. ¿Y no entregasteis la fortaleza?

—Creed que los lituanos son valerosos y sufridos; pero no pueden competir con los alemanes.

—¿Tan fuertes son éstos?

—Se estrechan unos contra otros y se precipitan sobre el enemigo como un muro de hierro. Y no creáis que sólo los alemanes sean bravos; en montón, cada uno por sí es valeroso... Todos ellos son soldados escogidos, capaces de arremeter sólo contra un grupo de enemigos y de ponerlos en fuga.

—De modo,—dijo Gamrot,—que toda esa gente es muy fuerte?

—Sí, unos, como los ingleses, tiran perfectamente al arco; los suizos destrozan cascos con sus mazas de armas, los tcheques son muy diestros en el manejo del hacha, los franceses son corteses hasta cuando matan y saben batirse contra ginetes é infantes, murmurando palabras caballerescas. Como son muy religiosos, nos acusan de haber defendido á los sarracenos, y por eso cuatro de los nuestros se han de batir con otros tantos franceses en la corte del rey.

Una curiosidad vivísima se apoderó de los oyentes.

—¿Y quiénes serán los campeones nuestros?

—Vlotschiov, el castellano de Dobgin, Nicolás de Vasch-

muntor, Jasko de Zdakov y Jarosch de Cechov; todos son fuertes y expertos, y así manejan la espada como la pica y el hacha.

—¿Quién sabe lo que verán nuestros ojos! Dios quiera que no me engañe la esperanza, pero creo que los nuestros vencerán.

—Dios les proteja,—añadió uno.

—¡Y san Estanislao también!—dijeron otros.

Luego continuaron charlando, y uno observó:

—Habéis dicho que los alemanes y los demás caballeros, derrotaban fácilmente á los lituanos, pero ¿cuando se batían con nosotros, no hallaban mayores dificultades? Ea, alabad un poco á vuestros paisanos.

Matzko, que no era un fanfarrón, ni mucho menos, contestó con mucha reserva:

—Los que venían directamente de su país, nos atacaban con gran furia las primeras veces; pero cuando habían probado una ó dos veces la fuerza de nuestro brazo, iban ya con mayor cuidado. Nuestro pueblo, no teme á ningún otro de la tierra; de lo único que puede acusársele es de favorecer alguna que otra vez la causa de los sarracenos, pero esto, es una pura tontería, pues ya es sabido que el rey y la reina, han cristianizado la Lithuania y todos sus habitantes creen en Jesucristo, por más que algunos no sepan ni siquiera rezar.

Es sabido que nuestro Soberano, cuando sacaron al ídolo de la iglesia de Plotzk, y lo depositaron en tierra, mandó encenderle un cirio y sólo algo después supo por los sacerdotes que esto no era conveniente. ¿Qué se puede esperar de un ignorante? Los más, raciocinan así; el sacerdote me ordena que me someta al bautismo; me dejo bautizar, que me encarga que me incline ante la imagen de Jesús, y me inclino. ¿Pero por qué he de dejar de presentar los nabos cocidos á los viejos ídolos y no les he de suministrar un poco de cerveza? Si no lo hago así, mis caballos se morirán, las yeguas se entristecerán y su leche sal-

drá mezclada con sangre y en los campos prosperará la cizaña.

Muchos aquietan de este modo su conciencia y son mal juzgados; creedme, no es por mala índole por lo que el pueblo piensa de este modo, sino por ignorancia, por miedo. Teme los ídolos... porque se acuerda que en otro tiempo tenía bosques, caballos y campos y ahora no posee nada; los campos están arrasados, el hambre se propaga y en las ciudades sólo se oye el triste tañido de las campanas, al que responde el gemido doloroso de las gentes hambrientas y dolientes.

Y cuando un lituano encuentra de noche un matorral, siente que el demonio le tira de los vestidos susurrándole al oído:—dame, dame algo... y él le da.

Hay algunos más atrevidos que los otros que no sólo no dan nada, sino que juegan pasadas al demonio; me acuerdo de un campesino que llevaba en un saquito de guisantes unos demonios... trece que se metieron dentro, y él tranquilamente los llevó á Vilna para venderlos á los padres Franciscanos que le dieron veinte skoitz (1). Yo mismo he visto con mis propios ojos el saquito que echaba un hedor insoportable para todo cristiano. Así demuestran los demonios su miedo por el agua bendita.

—¿Y quién los había contado?—preguntó el comerciante Gamrot.

—El lituano, cuando se le metieron en el saco. Además, se les puede ver perfectamente á través del tejido; aunque nadie se arriesga á tocarlo.

—¡Qué cosas más extrañas!—exclamó un noble.

—Precisamente; y yo he visto muchísimas y muy singulares. Se dejan el pelo largo como las mujeres y á los nabos cocidos atribuyen la cualidad de proporcionar valor y fuerza al que los ingiere. Viven entre las bestias de tiro y carga, y comen y beben sin tasa ni medida; desprecian á

(1) Es una moneda antigua que corresponde á dos céntimos.

las mujeres casadas y respetan muchísimo á las muchachas que tienen la virtud de curar los cólicos por medio de fricciones con yerbas secas.

—En ese país se puede tener el cólico si los médicos son muchachas guapas.

—Decidlo si no á Zbishko,—respondió su tío.

Zbishko soltó tal careajada que hizo estremecer el banco en que estaba sentado.

—Os digo que las hay muy bellas, afirmó. ¿No era quizá muy hermosa Ringalla?

—¿Quién era esa?

—Qué, ¿no habéis oído hablar de Ringalla?—preguntó Matzko.

—Nunca.

—Es la hermana del príncipe Vitoldo, la mujer del príncipe Enrique.

—¿Qué decís? ¿El príncipe Enrique?... Sí, es verdad; hubo un obispo de este nombre que ya ha muerto.

—Sí, ese era; esperaba la absolución de Roma, pero la muerte se le anticipó; aunque estoy seguro de que no estaba Dios muy satisfecho de su conducta. Jasko de Olesnitz me envió á llamar por una carta, cuando al príncipe Vitoldo le ocurrió dirigirse á Rittersweder. En aquel tiempo, pues, Vitoldo estaba indignado y detestaba la guerra porque no pudo apoderarse de Vilna, y nuestro rey á su vez, estaba aburrido al ver la disolución de sus hermanos. Entonces trató con Vitoldo para persuadirle que abandonase á los cruzados y se sometiera á su autoridad á cambio de la gobernación de Lituania. Vitoldo, que era amigo de novedades, escuchó con gusto las proposiciones. En aquellos días celebrábanse fiestas y torneos en los cuales tomaba parte el obispo por más que á los otros obispos les indignase aquello; pero él, hacía gala del valor y de la fuerza que poseía como todos los príncipes de Masovetzk, entre los cuales he sabido que hasta las mujeres rompen una herradura. Este príncipe derribó de su caballo á tres caba-

llos, y otra vez á cinco. A mí mismo me derribó y Zbishko fué botado de la silla. Los premios los otorgaba la bellísima Ringalla, ante la cual se arrodillaba armado de todas armas. Tan evidente era su amor, que los mismos clérigos que formaban su séquito tuvieron que advertirle con el codo mientras que el príncipe Vitoldo amonestaba á su vez á su hermana. El enamoradizo príncipe-obispo se concedió á sí mismo el permiso para casarse con la hermosa muchacha, imaginando que se lo concedería, sino el papa de Roma, el de Aviñón. El matrimonio debía celebrarse en seguida. Era una gran impiedad, pero Vitoldo no se opuso para no ofender al mensajero del rey, y se celebró la boda. Los novios partieron en seguida para Gurag con gran desesperación de Zbishko, el cual, siguiendo la costumbre alemana, había elegido á la princesa Ringalla por dueña de su corazón, y héchola juramento de fidelidad hasta la tumba.

—Sí,—interrumpió de repente Zbishko,—es verdad. La gente murmuraba que la princesa Ringalla comprendía que tal unión no podía ser acepta á Dios, y hasta se dijo que envenenaba á su marido. Al saber yo tal cosa, fui á ver á un ermitaño de Liublín, á fin de que me relevara de mi voto.

—Es verdad que era un santo hombre,—dijo Matzko,—pero no sé si podría relevarte de tu voto.

—Fui á verle en viernes, y le encontré rompiendo el hueso de un oso para chupar el tuétano. Me dijo que había obtenido el permiso de alimentarse así, y que cuando lo hacía gozaba por la noche de visiones luminosas y tenía el don de poder predecir lo que sucedería al día siguiente.

—¡Ja, ja!—dijo Matzko; pero lo cierto es que Ringalla es ya viuda y cualquier día te puede llamar á su servicio.

—Pues me llamará en vano; porque yo quisiera hallar una mujer que me enamore de veras y con el tiempo pueda ser mi esposa.

—Antes debes adquirir las espuelas de caballero.

—¡Bah!... Me parece que cuando para la reina habrá ocasión de ganarlas. Pocos serán los caballeros que asistan á las fiestas! No temo á nadie, porque si el príncipe Mosovetzk me tiró del caballo, fué porque éste flaqueó.

—Te digo que habrá caballeros más valerosos y fuertes que tú, porque á esas fiestas irán los mejores del mundo. ¿Te atreverás con ellos? Acuérdate que muchos no tienen competidor, ni entre los tcheques ni entre los húngaros. ¿Crees quizás poder medirte con ellos? ¿Cuántos años tienes?

—Diez y ocho.

—Vaya, todos te vencerán.

—Lo veremos.

Matzko añadió:

—He oído decir que el rey recompensa con largueza á los caballeros que vuelven de la guerra lithuana. ¿Vosotros que sois de este país, podéis decirme si es verdad?

—Sí es verdad, mucha verdad,—contestó resueltamente uno de los nobles.—La generosidad del rey es conocida de todo el mundo; sólo que ahora será difícil llegar hasta él, porque Cracovia entera estará llena de forasteros que desean tributar al recién nacido grandes honores como homenaje á su real padre. Dícese que vendrá el rey de Hungría y hasta el César romano. Se afirma también que el papa Bonifacio desea la amistad y el auxilio de nuestro soberano contra su rival de Aviñón. Comprended, pues, que será muy difícil llegar hasta el rey, pero el que lo logre, será recompensado generosamente.

—Yo procuraré llegar hasta él y obtener una recompensa que tengo bien merecida á causa de los servicios prestados. Es verdad que poseo algunos bienes, gracias á la largueza del príncipe Vitoldo, pero la vejez se acerca y cuando el hombre empieza á perder sus fuerzas le es muy grato tener un refugio tranquilo lejos de la agitación del mundo.

—El rey prefiere á los que combatieron en Lithuania bajo las órdenes de Jasko de Olesnitz y volvieron cubiertos de gloria. A todos ellos les ha hecho grandes mercedes.

—Yo estuve de continuo guerreando á las órdenes del príncipe Vitoldo. Asistí al sitio de Vilna cuando el gran maestre Conrado al frente de un ejército numeroso asedió la plaza. En vano tratamos de destruir castillos y murallas con máquinas de guerra; en vano procuraron atraernos á emboscadas; no pudieron lograr su objeto y al retirarse habían perdido la mitad de sus hombres. También luché contra Ulrico Junghingen, hermano del gran maestre que gobernaba Sambia; éste tuvo miedo del príncipe y huyó llorando. Después obtuvo una tregua y se reconstruyó la ciudad. Hay un fraile que puede caminar sobre hierros candentes, el cual afirma que mientras el mundo sea mundo, Vilna no verá jamás bajo sus muros un soldado alemán.

En aquel instante el coloquio fué interrumpido por grandes voces que entraban por la entreabierta ventana. A la voz de los hombres mezclábase rumor de armas y relinchar de caballos.

Los de la hostería se asustaron por ser muy tarde y porque la luna alumbraba ya el ancho espacio.

El hostelero se asomó á la puerta y gritó:

—¡Llega una gran comitiva!

Apareció en el umbral un paje con vestido azul celeste y birrete encarnado, quien después de echar una ojeada á la habitación, dijo al hostelero:

—Limpiad las mesas y encended las luces. La princesa Ana Danuta pasará aquí la noche.

Dichas estas palabras salió y la habitación se llenó de criados que con gran prisa ejecutaban las órdenes del posadero.

—La princesa Ana Danuta,—dijo Tiertreter,—es hija de Keistut y mujer de Janush Masovetzk. Hace dos se-

manas que está en Cracovia, y ha visitado al príncipe Vatzlav en Jator.

—Me parece,—dijo un aldeano,—que lo mejor que podemos hacer es irnos á dormir al establo, pues no se ha hecho para nosotros tal compañía.

—Comprendo que viajen de noche,—dijo Matzko,—porque de día hace mucho calor, pero no comprendo cómo se detienen en una posada, teniendo á dos pasos un monasterio.

Y volviéndose hacia Zbishko:

—Es la hermana de Ringalla, ¿sabes?

—Ya lo sé, é irán con ella muchas jóvenes. Me alegro.

II

La princesa apareció en la puerta; era una mujer de mediana edad, el rostro sonriente, y llevaba una capa encarnada sobre un traje verde ajustado á la cintura por cinturón de oro, adornado con un artístico broche. Seguíanla jóvenes con coronas de rosas y lilas en la cabeza y el laud en las manos. Algunas llevaban ramilletes de flores campesinas cogidas durante el viaje. Tras ellas entraron caballeros en gran número y bien pronto alegres cantos llenaron la estancia, porque la noche serena y la clara luz de la luna infundía en todos un suave contento.

Entre los caballeros había uno que llevaba un laud y otro que tenía un tímpano pendiente de la cintura; hasta una muchacha de unos doce años llevaba también un laud pequeño adornado con chapitas de cobre.

—¡Bendito sea el nombre del Señor!—exclamó la princesa deteniéndose en el centro de la estancia.

—Amén,—contestaron todos inclinándose.

—¿Dónde está el hostelero?—preguntó la hermana de Ringalla.

El alemán, oyéndose llamar, acudió y puso una rodilla en tierra, según costumbre de sus compatriotas.

—Deseamos reposar aquí y comer algo. Despachad, porque tenemos hambre,—dijo imperiosamente la princesa.

Los aldeanos habían ya salido; los dos nobles de aquella comarca, Matzko y Zbishko, se inclinaron nuevamente ante la bella Ana Danuta, é hicieron ademán de salir; pero la princesa les detuvo:

—¿Sois hidalgos? Permaneced aquí, y conoceréis á los que me acompañan.

La princesa citó el nombre, el país y el blasón de todos sus acompañantes y luego preguntó:

—¿Y vosotros, de dónde venís?

Cuando Matzko la hubo satisfecho, batió palmas en señal de alegría.

—No podéis figuraros,—exclamó,—cuán contenta estoy al veros.—Decidme algo de Vilna, de mi hermano y de mi hermana. ¿Vitoldo vendrá á Cracovia con motivo del parto de la reina?

—Querría hacerlo, pero no sabe si podrá. De todos modos, ha enviado á la reina una rica cuna de plata. Yo mismo con mi sobrino la he escoltado durante todo el viaje.

—¿Está aquí la cuna? ¡Cuánto me agradaría verla! ¿Es toda de plata?

—Sí, pero ya está en Cracovia.

—¿Y qué hacéis en Tinetz?

—Me he detenido para saludar á un pariente que es prior del convento, y para que los santos padres me guarden el botín que he cogido en la guerra.

—¿De modo que Dios os ha dado fortuna? Lo celebro. ¿Por qué mi hermano no podrá asistir al bautizo?

—Porque se prepara para declarar la guerra á los tártaros.

—Ya lo sé y lo siento, porque la reina no predice un feliz éxito á tal empresa, y ya sabéis que lo que profetiza ocurre siempre.

Matzko sonrió.

—Nuestra reina es muy sabia, pero con el príncipe Vitoldo irán muchos caballeros fuertes y valerosos y será difícil por lo tanto el triunfo del enemigo.

—Y vos, ¿no partís?

—No, al menos por ahora, porque fuí encargado de la custodia de la cuna, y además, hace cinco años que no me quito la coraza. Cuando haya reposado, marcharé también y en caso de que no pudiera, haría que mi sobrino fuese á la guerra á las órdenes de Spisko que es el jefe supremo.

La princesa Danuta miró el rostro varonil de Zbishko y le iba á dirigir la palabra, cuando entró un fraile del vecino convento, el cual después de saludarla se dolió de que no hubiese ido al monasterio en vez de detenerse en la hostería.

La princesa le contestó casi en broma diciendo.

—Sólo nos detenemos un ratito, y mañana temprano nos iremos á Cracovia. Ya veis que no habia por qué molestarse á los santos padres y causarles incomodidades.

Insistió el fraile, pero la princesa no se dió á partido, y dijo que al día siguiente iría á oír misa.

—Haremos decir una por la salud del príncipe, vuestro esposo.

—El príncipe os visitará dentro de cuatro ó cinco días.

—¿Dios lo tenga bajo su santa guarda!... Permitidme que nosotros, humildes siervos, os ofrezcamos un jarro de vino del monasterio.

—Gracias, gracias,—dijo la princesa.

Y cuando hubo salido el fraile, exclamó:

—Danusia, Danusia, siéntate y cántanos aquella canción que cantabas en Zator, ¿te acuerdas?

Colocaron un taburete en el centro de la habitación y la niña se sentó entre dos trovadores; llevaba un traje azul celeste, calzaba esarpines rojos de larga punta y ceñía su linda cabecita una corona de multicolores flores. De pie sobre el taburete, parecía un adorable querubín de los que pintan en los altares.

Se conocía que no era la primera vez que cantaba así, porque no demostró cortedad alguna.

—¡Canta, Danusia!—dijeron las damas.

La niña pulsó el laud, alzó la cabeza como un pájaro que rompe á gorjear y comenzó una canción con voz argentina.

«¡Ayl si Dios me diese alas,
igual que los pajaritos
hacia Jasko yo volara
para fabricar mi nido.»

Los músicos acompañaron el canto con el laud y el tímpano, y la princesa á quien gustaba mucho la música, sonreía á la niña que modulaba el canto como un ruiseñor del bosque.

«Me posara en el alero
de su lujoso palacio
y dijera ¡oh! Jasko mío,
¿no te enternece mi llanto?
y alzando al cielo los ojos
y con las alas temblando
entonara las canciones
que enamoran á mi Jasko...»

—¡Bravo! ¡bravo!—gritaron la princesa y las damas.
Zbisko, que desde su niñez estaba acostumbrado á las

duras fatigas de la guerra, y no había oído jamás cosa parecida, preguntó á uno de los nobles:

—¿Quién es esta niña?

—Una princesa, es la predilecta de la princesa Danuta.

—No lo estraño, porque parece un ángel. Cuanto más la miro más ganas tengo de mirarla. ¿Cómo se llama?

—¿No lo has oído? Danusia. Su padre, Jurand de Spichov, es un conde valeroso y potentísimo.

—¿Y quién es el caballero de esta niña?

—¡Oh! ¿no ves que todavía es tan pequeña?

De nuevo volvió á cantar Danusia y Zbisko miraba maravillado los blondos cabellos, la cabecita graciosamente inclinada, los ojos entornados... la luz de las bujías la iluminaba envolviéndola como en un nimbo de oro y un rayo de luna la enviaba un supremo saludo por la entreabierta ventana.

El apuesto mozo contemplaba á la niña; pareciale haberla visto otras veces, ¿pero dónde?... quizá en Cracovia, en el templo, en cuyos ventanales hay pintadas imágenes santas.

De nuevo preguntó al noble que estaba á su lado:

—¿Pertenece á vuestra corte?

—Su madre vino de Lithuania con la princesa Danuta que la hizo casar con el conde Jurand de Spichw. Era una hermosísima señora, pero cuando hace cinco años, los alemanes se apoderaron de Zlotorii la pobre señora murió del susto y su hija, que es esta niña, fué adoptada por la princesa que cuida de su educación. Su padre no puede contemplarla sin que se le humedezcan los ojos porque le recuerda á su esposa muerta, para vengar á la cual ha jurado matar á cuantos alemanes caigan en sus manos.

Los ojos de Zbisko relampaguearon y las venas de su frente se hincharon.

—¿De modo que fueron los alemanes los asesinos de su madre?

—No, no la mataron, murió del susto. Hacía cinco años

que reinaba la paz por todas partes y nadie pensaba en la guerra... se viajaba libremente, sin temor. Así, el príncipe, debiendo dirigirse á Zlotorii para la construcción de una torre, como se acostumbra en tiempos de paz, no tomó consigo soldado alguno, sino unos cuantos ginetes. Ahora bien, sucedió que los alemanes, traidores como siempre, se echaron de improviso sobre ellos, matando á la mayor parte y llevándose prisionero al príncipe que sólo pusieron en libertad cuando el rey Ladislao les amenazó con declararles la guerra. Precisamente en estas circunstancias murió Ana.

—¿Estabais vos presente en aquella ocasión? ¿Cómo os llamáis?

—Nicolás Dlugoliass y de apodo Obuch. Vi cómo un fiero alemán que llevaba en el casco cimera con plumas se apoderó de la princesa... la pobrecita estaba pálida... entonces un hachazo me derribó, y no ví más. Mirad...

Y le enseñaba una ancha cicatriz que le llegaba de la frente al occipucio.

Después de un momento de silencio Zbishko, que miraba apasionadamente á Danusia, preguntó:

—¿Decís que no tiene aún caballero?

No tuvo tiempo de recibir contestación, porque uno de los trovadores, hombre corpulento, habiéndose levantado de golpe, hizo vacilar el taburete en que estaba Danusia. Esta se bamboleó, agitó los brazos en el vacío, pero antes que cayera al suelo, Zbishko, con un salto de leopardo, la cogió en sus brazos.

La princesa que había lanzado un grito de miedo sonrió, y cuando vió á la niña en brazos del joven, exclamó:

—¡Este es el caballero de Danusia! Acércate, buen mozo, y devuélveme mi cantatriz.

Zbishko se dirigió hacia la princesa sosteniendo á Danusia que con un bracito le rodeaba el cuello y con el otro sostenía el laud. A pesar del miedo experimentado, sonreía y echaba besos á las damas.

El joven la dejó junto á la princesa, se arrodilló y con un sorprendente atrevimiento:

—Gracias,—dijo,—ilustre señora, por vuestras palabras; justo es que la rubia Danusia tenga caballero, y que yo la elija por dama de mis pensamientos, cuyas alabanzas iré cantando por el orbe. Ya que lo habéis dicho, seré el caballero de Danusia y le juraré con vuestro consentimiento fidelidad eterna.

El rostro de la princesa expresó cierto asombro, no tanto por las palabras de Zbishko, sino por haber ocurrido tan impensadamente.

La princesa había oído hablar de parecidos juramentos, así es que no le pareció nada ofensivo lo que Zbishko proponía.

Por el contrario, gustóle que la niña á quien tanto amaba empezase á despertar los deseos de los caballeros, y volviéndose hacia ella, la dijo:

—¿Quieres tener caballero, Danusia?

Esta, con un graciosísimo salto, subióse sobre la falda de la princesa y besándola dijo:

—¡Si, lo quiero, lo quiero!

La princesa se conmovió y sonrió, luego dirigiéndose á Zbishko, que continuaba extasiado viendo á la niña, le dijo:

—Veamos, ¿qué es lo que quieres jurar?

Zbishko dijo en alta voz ante la espectación de todos los cortesanos:—

—Juro que llegando á Cracovia pondré en la plaza de armas mi escudo con esta divisa: «Danusia Jurand es la más bella y virtuosa niña del mundo y quien dijera lo contrario tendrá que batirse conmigo á muerte.»

—Bien, veo que conoces las costumbres caballerescas. ¿Qué más harás?

—Nicolás Dlugoliass me ha dicho que la madre de Danusia murió por culpa de un alemán que llevaba plumas en el yelmo; pues bien, juro ceñirme la cintura con rudo

cilicio hasta que haya arrancado á tres caballeros alemanes las plumas de sus cascos y ponerlas á los pies de Danusia.

El rostro de la princesa expresó gran pesar.

—Zbishki, ¿es serio tu juramento?

—Así Dios y la Santa Cruz me ayuden, este voto lo repetiré en la iglesia ante el sacerdote.

—Muy laudable es combatir á los enemigos de nuestra patria, pero tú eres joven, Zbishko y temo que te maten.

En aquel momento Matzko, que escuchaba en silencio, creyó oportuno intervenir.

—En cuanto á eso no os preocupéis, princesa. Bello es morir en el campo de batalla, luchando por la patria, por los hijos, por las damas dueñas de nuestro corazón. Zbishko conoce ya el rumor de las batallas, el choque de las picas, el fragor de las espadas hendiendo las brillantes corazas; ha combatido á pie y á caballo, con lanza y con cuchillo, con escudo y sin él, y más de un guerrero mordió el polvo bajo el vigor de su brazo.

—Ahora comprendo que tengo ante mí un prodigio de valor,—dijo la princesa.

Volviéndose entonces á Danusia, añadió:

—Siéntate aquí, en mi sitio; eres tú á quien se hace tal honra; ea, no te rías.

Danusia se sentó tratando de mostrar gran seriedad, pero los ojos se le reían y miró á Zbishko arrodillado y empezó á restregar un pie contra otro, como si de este modo pudiera aumentar su seriedad.

—Dale los guantes,—dijo la princesa.

Danusia alargó los guantes, Zbishko los tomó con gran respeto y acercándolos á sus labios:

—Los pondré en mi casco,—exclamó,—y ¡ay! de aquel que se atreva á tocarlos.

Después besando la mano y el pie de Danusia se levantó gritando:

—Adelante, hijos de perro; ¡adelante los que lleváis plumas en la cimera, adelante, os espero!

En aquel instante entró el fraile, que ya había estado allí, y con él otros dos más ancianos. Seguíanlos criados con vino y viandas. Después de inclinarse ante la princesa, la cumplimentaron y ofrecieron presentes, quedando acordado que al día siguiente la princesa junto con sus gentileshombres y con Matzko irían á almorzar al monasterio.

Zbishko había salido de la habitación para ponerse un traje más adecuado.

Rizó su pelo y lo recogió en una redecilla de seda con perlas negras. Se puso una túnica de seda blanca recamada de oro, y la ciñó á su cuerpo con un doble cinturón del cual pendía un puñal con mango de marfil y plata; las calzas magníficas eran á rayas rojas, verdes, violadas y amarillas. Los zapatos rojos y con punta larga, completaban el rico atavío.

Tan bello y elegante estaba Zbishko, que un murmullo de aprobación le acogió; la princesa admiró al mozo, y Danusia le salió al encuentro, y de buena gana le abrazara á no ser porque le rodearon los cortesanos cumplimentándole.

Cuando estuvo el joven á su lado se ruborizó estremeciéndose de alegría.

—¿Quién es?—preguntó uno de los frailes, designando á Zbishko.

—El sobrino de este caballero; y acaba de jurar hace un momento fidelidad á Danusia.

Los frailes no se asombraron del voto, porque era cosa corriente en aquella época; recordaron que la misma reina Edvigia cuando llegó de Hungría no había cumplido aún quince años, y tenía también innumerables admiradores.

Matzko, orgulloso de su sobrino, contaba á cortesanos

fralles cómo conquistó el traje que causara tanta admiración.

—Hace un año poco más ó menos,—dijo,—que los caballeros de Sajonia nos invitaron; tenían por huésped un guerrero de una comarca lejana que confina con la Frisia y á su hijo, joven que tenía tres años más que Zbishko. Ocurrió que en una fiesta, aquel ofendió á éste diciéndole que no tenía bigote ni barba. Impetuoso como es, le tiró de los suyos y por eso nos batimos á muerte.

—¿Cómo, os batisteis?—preguntó el caballero de Dlvogliass.

—El padre del insultador por su hijo, yo por Zbishko. Se acordó que los vencedores tomarían carros, caballos y criados de los vencidos; Dios nos ayudó y conseguimos vencer á los frisios; el botín fué espléndido: cuatro carros y otros tantos caballos; nueve criados y nueve armaduras completas, y además una cajita con el vestido que lleva Zbishko.

Los cracovianos y los hidalgos miraban con gran respeto á tío y sobrino y Obuch exclamó:

—Ya veo que sois valientes, y creo que Zbishko conseguirá arrancar las cimbras alemanas.

Matzko sonrió complaciente.

Mientras así se hablaba, los criados del convento habían sacado de los cestos los vinos y manjares y los de la posada servían platos calientes que despedían grato perfume de carne asada. En el sitio de honor sentóse la princesa que quiso tener enfrente á Zbishko y Danusia.

—Servíos del mismo plato,—dijo la princesa,—pero te recomiendo á mi sobrina, Zbishko, piensa que es muy joven todavía y no conviene que aproximes mucho la rodilla .. ¿me comprendes, verdad?

—¡Oh! ilustre señora, no temáis; dentro de dos ó tres años, cuando Dios me haya permitido cumplir mi voto, entonces sí me atreveré á tocar á Danusia, pero por aho-

ra, ni siquiera encontraré su piececito que no llega al suelo.

—Es verdad,—observó la princesa.

En el comedor, solo se oía el ruido de cuchillos y tenedores.

Zbishko la obsequiaba con los bocados más sabrosos y la niña sonreía contenta.

Los criados llenaban las tazas de vino esquisito, y después trajeron nueces recogidas en lejanas tierras. Zbishko las rompía entre sus dedos y ofrecía los gajos á Danusia.

Esta, se reía contenta, y la princesa preguntóle:

—Y bien niña, ¿estás contenta de tener un caballero?

—¡Mucho!—contestó la joven, y acercándose á Zbishko le preguntó:—Dime, ¿y mañana serás también mi caballero?

—Mañana y pasado y siempre hasta la muerte,—exclamó Zbishko.

La cena tocaba á su fin, algunos caballeros hubieran querido bailar, pero otros preferían oír de nuevo los cantos de Danusia y los trovadores, mas la niña que se había restregado varias veces los ojos con el dorso de la mano, inclinó la blonda cabecita y con inocente abandono la posó sobre el hombro de Zbishko.

—Duerme,—exclamó la princesa.

—Ya lo veo, y me es muy grata su confianza.

Y así diciendo Zbishko procuraba estar inmóvil para no despertar á la querida niña que no se movió siquiera al oír la música y los cantos de los trovadores.

Al apuntar el alba, cuando las campanas de la iglesia conmovieron el aire, terminó la fiesta.

—Vamos á pie,—dijo la princesa, y tomando por la mano á Danusia, salió de la habitación siguiéndolas los cortesanos.

La luna palidecía ante la luz del alba.

El cielo era límpido y cristalino. Sobre las flores, sobre

las yerbas de los prados el rocío fulguraba en innumerables gotas de cristal.

—Dios nos promete una hermosa jornada, me parece que hará calor.

—No importa; las horas de más calor las pasaremos en el convento; y por la noche estaremos en Cracovia.

—Habrá grandes fiestas.

—Sí, cada día habrá torneos y juegos. Veremos cómo se porta el caballero de Danusia.

—Son muy fuertes esos dos guerreros.

—Quizás vendrán con nosotros.

El viejo Matzko se había acercado á su sobrino y le decía así:

—A decir verdad, no estoy muy contento de lo que ha sucedido, porque no creo que podamos sacar de ello ninguna ventaja; pero así quizás pueda acercarme al rey y obtener algún castillo ó alguna ciudad. De todos modos, compraremos Bogdanetz, porque era de nuestros padres y debe ser nuestro; ¿pero dónde encontrar aldeanos? Si vas á la guerra con el príncipe Vitoldo, quizás haréis muchos prisioneros tártaros, y entonces repoblaríamos nuestros campos. Matzko, que los amaba, soñaba ya con verlos poblados y florecientes.

Zbishko no se entusiasmaba como su tío, y dijo:

—Mala gente me parece para trabajar los tártaros. Hombres que se alimentan con carne de caballo no han de ser muy fuertes. Además, he prometido arrancar tres plumeros alemanes, ¿dónde encontrarlos entre los tártaros?

—Has hecho esa promesa porque eres un tonto.

—¿Un tonto? Mirad que va en ello mi honor de caballero.

—¿Qué vamos á hacer pues?

—Id vos sólo con Vitoldo, porque yo no voy.

—¿No tienes compasión de mis huesos?

—Aunque un árbol les cayera encima no los rompería.

—¿Quieres ser, pues, un bufón de la corte de Masovetz?

—¿Qué hay de mal en ello?

—Me prueba que no tienes ninguna afección por Bogdanetz; ¿cómo se puede cultivar la tierra sin brazos?

—No, decid sin tártaros. ¿Creéis acaso tan fácil atraparlos? Valiente botín vamos á cogerles. A lo sumo se les pueden pillar sus túnicas de cuero que no valen dos cuartos.

—El príncipe Vitoldo te recompensaría.

—Ya sabéis que á unos da mucho y á otros nada.

—Dime, pues, dónde quieres ir.

—Con Jurand de Spichov.

—¿Estás loco?

—No,—contestó Zbishko con calma;—según me ha dicho Obuch, Jurand quiere combatir á los alemanes para vengar á su mujer. Yo pelearé á su lado y, si Dios me ayuda, volveré cargado de botín y con algunos esclavos que os servirán aún más que los tártaros.

—No te hagas ilusiones; por ahora no hay guerra, y Dios sabe cuándo la habrá.

—La paz de ahora, es la misma que reina entre lobos y ovejas. Verdad es que el ejército no está en pie de guerra, pero de continuo hay querellas y desafíos entre los habitantes de la frontera. Acordaos de Nalencia, que hizo prisioneros á cuarenta alemanes, y no los soltó hasta que le hubieron entregado un carro de moneda. Pues bien, Jurand de Spichov se bate de continuo y nunca le falta botín.

Cesó de hablar el joven; la aurora incendiaba el firmamento, las ingentes rocas sobre las que se erguía el monasterio enviaban reflejos metálicos.

—Nadie sabe cómo ni cuándo ha de hacer su fortuna; ruega á Dios que te ayude,—dijo Matzko á su sobrino.

—Pero no me quitarás de la cabeza que quieres ir á ver á

Jurand, no para hacer la guerra á sus órdenes, sino por esa chiquilla.

—No habléis así, tío, ¿no veis qué hermosa es Danusia?

—¿Qué me importa su belleza? Cásate con ella cuando sea tiempo, ya que después de todo es hija de un hombre poderoso.

El rostro de Zbishko se serenó.

—¡Quién sabe! la verdad es que no quiero yo á otra mujer. Cuando seáis viejo cuidaréis de nuestros hijos.

Matzko sonrió, y secando una lágrima que se escapaba de sus ojos:

—Así sea,—exclamó;—Dios me conceda esa alegría en la vejez y la gloria eterna en la otra vida.

III

La princesa, Matzko y Zbishko, habían estado ya en Tinetz varias veces, pero los caballeros del cortejo no lo conocían, y miraron con verdadero asombro aquel edificio que se erguía sobre el abismo y estaba coronado de filigranas de piedra.

Los muros macizos, el estilo severo de ventanas y puertas, producían impresión de riqueza, seriedad y bienestar. Los caballeros que llegaban á Masovia quedaban más admirados que los otros, pues jamás en su provincia habían visto tal suntuosidad.

La princesa, que igual que sus damas sentía la belleza de cuanto la rodeaba, rogó á uno de los monjes que le contase la vieja y espantosa leyenda de Valgher el Valeroso, que oyera ya una vez en Cracovia, pero de un modo incompleto.

El monje se excusó diciendo que Gildhuf, que había visto á Valgher en una noche tenebrosa, le contaría mejor que él.

A Gildhuf, pues, que era otro fraile ya anciano, le preguntaron las mujeres:

—¿Es verdad que lo habéis visto con vuestros propios ojos, padre?

—Sí, lo he visto,—contestó el monje con grave acento;—hay día en que por la voluntad de Dios, las almas condenadas abandonan el infierno y aparecen de nuevo en el mundo de los vivos.

—¿Cuándo sucede eso?

—Es creencia popular que el espíritu de Valgher aparece á las gentes, cuando se rebaja la disciplina de alguna orden religiosa. Su aparición no presagia nada bueno.

—No quisiera yo verle,—exclamó la princesa persignándose.—¿A qué se debe que Valgher esté en el infierno? He oído decir que no cometió otro delito que vengar una ofensa recibida.

—Aunque pasara toda su vida en oración,—contestó rudamente el monje,—estaría condenado, porque sus primeras culpas no fueron borradas por el agua santa del bautismo.

La princesa frunció el entrecejo, porque pensaba que su padre, á quien amaba tanto, había muerto pagano, y debía sufrir también las penas del infierno.

—Esperamos vuestra relación,—añadió al cabo de un momento.

El padre Ghildulf empezó:

—En tiempos paganos vivía un conde potentísimo llamado Valgher el Valeroso. Todas estas tierras le pertenecían. Sus rebaños eran innumerables. En una ciudad poseía una torre llena de tesoros parecida á la que los templarios tienen en Malborg.

—La tienen efectivamente,—observó la princesa.

—Tenía una fuerza tan extraordinaria que era capaz de